

Letras Hispanas

Volume 18

TITLE: Primero escribo, luego existo: la capacidad de la literatura como constructora/visibilizadora de identidades subalternas

AUTHOR: Guillermo Portela

EMAIL: gportela@unsam.edu.ar

AFFILIATION: Universidad Nacional de San Martín; Escuela de Humanidades; Avda. 25 de Mayo y Francia; 1650 San Martín, Provincia de Buenos Aires, Argentina

ABSTRACT: This paper will discuss a corpus of novels that have been published in recent years in Argentina. These books raise awareness on identity-based claims of historically excluded groups, especially because of their gender. We intend then to critically reflect on two aspects that we may identify. On the one hand, the performative capacity of language as a constructor or visualizer of subaltern identities and, on the other hand, the need for physical spaces where these identities could be carried forward or rediscovered, that is, places where the moral norms and legitimacy of the patriarchal and hetero-hegemonic society are diluted in support of the subordinate subject. The novels that will be discussed are *Jellyfish* by Carlos Godoy (2019), *Las malas* by Camila Sosa Villada (2019), *Las aventuras de la China Iron* by Gabriela Cabezón Cámara (2017) and *Beya (le viste la cara a Dios)* by Cabezón Cámara and Iñaki Echeverría (2013).

KEYWORDS: performativity, subaltern, identity, heterotopia, Sosa Villada, Cabezón Cámara, Godoy

RESUMEN: En este artículo, analizaremos un corpus de novelas que han sido publicadas en los últimos años en la Argentina. En ellas, son visibilizados los reclamos identitarios de actores históricamente excluidos, especialmente por su género. Nos proponemos, entonces, problematizar dos aspectos que creemos reconocer; por un lado, la capacidad performativa del lenguaje como constructor o visibilizador de identidades subalternas y, por el otro, la necesidad de encontrar espacios físicos donde llevar adelante o refundar dichas identidades, es decir, lugares donde las normas morales y la legalidad de la sociedad patriarcal y hetero-hegemónica se diluyen a favor del sujeto subalterno/a. Las novelas a analizar son *Jellyfish* de Carlos Godoy (2019), *Las malas* de Camila Sosa Villada (2019), *Las aventuras de la China Iron* de Gabriela Cabezón Cámara (2017) y *Beya (le viste la cara a Dios)* de Cabezón Cámara e Iñaki Echeverría (2013).

PALABRAS CLAVE: performatividad, subalterno, identidad, heterotopía, Sosa Villada, Cabezón Cámara, Godoy

DATE RECEIVED: 02/17/2021

DATE PUBLISHED: 05/12/2022

BIOGRAPHY: Profesor Universitario en Letras por la UNSAM. Profesor (JTP) de las Cátedras de Literatura Argentina I y II en el Profesorado Universitario en Letras de la Universidad Nacional de San Martín. Editor encargado de la sección “La letra descarriada” de la *Revista Filosófica Symploké*. Maestrando en la Maestría en Literaturas de América Latina – UNSAM. Docente de Literatura en el Instituto Formar Futuro. Ex docente de Literatura en el Bachillerato Popular IMPA.

Primero escribo, luego existo: la capacidad de la literatura como constructora/visibilizadora de identidades subalternas

Guillermo Portela, Universidad Nacional de San Martín

“Yo he preferido hablar de cosas imposibles,
porque de lo posible se sabe demasiado.”
Silvio Rodríguez

Cimentar al subalterno

Desde la recuperación de la democracia en 1983, y especialmente en el periodo que abarca de 2003 a 2015, se ha conseguido en Argentina el reconocimiento de distintos derechos para ciertos grupos sociales tradicionalmente marginados, que llevó en algunos casos, no solo a la ampliación de derechos, sino además a la visualización y el reconocimiento identitario de estos colectivos. Este cambio fue acompañado con la aparición en el mercado literario de distintos textos que configuraron y visibilizaron a estos sujetos. Como es lógico suponer, esto implicó retar al conjunto de ideas y prédicas sustancialmente benévolas con los estereotipos más ortodoxos que, históricamente y desde la instancia de dominación, habían acarreado “la negación radical del sujeto subalterno” (Mansilla Torres 131).

En el presente trabajo tomaremos la correlación literatura-identidad, como propone el intelectual chileno Mansilla Torres, inscrita en un horizonte político, es decir, “una práctica política de visibilización que implica [. . .] desafiar discursos e ideologías complacientes con estereotipos oficiales o complacientes con la negación del sujeto subalterno” (132). Con este fin, analizaremos algunas narrativas contemporáneas que, apoyadas en la performatividad del lenguaje, abordan el tema del género, dialogan y rediscuten la

coyuntura social y política en la que se gestan como textos literarios. A su vez, partiremos del supuesto de que estos reclamos identitarios de actores históricamente excluidos, especialmente por su género, son visualizados en la literatura y suponen una escritura que, como sugiere Mansilla Torres, “no sólo representa la identidad cultural de la comunidad o colectividad desde donde emerge como escritura artística institucionalmente aceptada y legitimada en cuanto tal, sino que, además, corporeizan identidad” (131).

Para esto problematizaremos dos aspectos que creemos identificar en los textos analizados, por un lado, la capacidad performativa del lenguaje como constructor o visibilizador de identidades subalternas y, por el otro, la necesidad de encontrar espacios físicos donde llevar adelante o refundar estas identidades, es decir, lugares donde las normas morales y la legalidad de la sociedad patriarcal y hetero-hegemónica se diluyen a favor del sujeto subalterno. Son cuatro las obras que analizamos: las novelas *Jellyfish* (2019) de Carlos Godoy, *Las malas* (2019) de Camila Sosa Villada, *Las aventuras de la China Iron* (2017) de Gabriela Cabezón Cámara y, de la misma autora, *Beya (le viste la cara a Dios)* (2013), que fue presentada por Eterna Cadencia en formato de novela gráfica e ilustraciones de Iñaki Echeverría, y es una adaptación de la original (*Beya, a secas*) *nouvelle* que Cabezón Cámara publicara en 2012.

Consiguientemente, intentaremos mostrar cómo autores y autoras con tan dispares ámbitos de producción, de proyección y de canonización dentro del sistema literario actual, logran en la narrativa argentina testimoniar entre sus páginas algunos de los conflictos políticos y sociales del presente. Como acabamos de mencionar, abordaremos novelas como las de Cabezón Cámara que desde su militancia feminista reescribe la tradición gauchesca o discute la necropolítica que aviva la trata ilegal de personas. A su vez, analizaremos el texto de Carlos Godoy, un joven autor cordobés radicado en Buenos Aires, que suscitó cierta polémica al trabajar, con el extrañamiento propio de un hombre, el cuerpo femenino y el tema del aborto.

Asimismo, pondremos el foco en la novela testimonial de Sosa Villada que, desde hace años, concibe su apuesta cultural y política por la literatura travesti-trans desde la mediterránea capital de Córdoba. Entendemos así que en estas obras, cruzadas por distintas voces y gestadas al cobijo del feminismo, la violencia, la pobreza y la prostitución, la literatura toma la palabra con “el poder de decirlo todo, de liberarse de las reglas, de desplazarlas, y por consiguiente de instituir, de inventar” (Derrida 118).

La escritura como acto performativo

La construcción de identidades nacionales en la Argentina, señala Diana Marre, tuvo su principal anclaje en la construcción de identidades de género (heterosexuales y masculinas), étnicas y territoriales (275). Las élites criollas jugaron un papel fundamental para “articular discursos nacionales con intenciones de constituir imaginarios culturales de identidad” (Moyano 1). Indefectiblemente, la artificial arbitrariedad de construir imaginarios culturales de identidad que revaloriza a ciertos grupos conlleva la invisibilización de otros muchos actores sociales.

De esta manera, el efecto identitario que puede ser reclamado a la literatura, en tanto que discurso legitimado, tiene que ver con la supuesta posibilidad de materializar como presencia aquello que crea a través de la imaginación literaria y dispone la construcción de la “otra historia de la historia” (Mansilla Torres 131).

Una de las definiciones que utiliza Butler para la noción de performatividad es la de “práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra” (*Cuerpos* 18). Ahora bien, podemos agregar que la potencia del discurso residiría en su capacidad de otorgar su constitución con profundo significado simbólico, social y emocional. Pero Butler también considera “que el discurso mismo es un acto corporal con consecuencias lingüísticas específicas,” donde el cuerpo “adquiere significado dentro del discurso solo en el contexto de las relaciones de poder” (*El género* 125).

Para los personajes de las obras que analizaremos, por su sola condición de género, el sistema patriarcal, hetero-hegemónico y neoliberal les tiene reservada una posición de subalternidad. Sin embargo, encontrarán en el discurso y sobre todo en el acto de la escritura una forma, no solo de constitución y manifestación de sus propias subjetividades, sino además de insubordinación.

Un ejemplo claro de esto es el de la escritora Belén López Peiró en su novela *Por qué volvías cada verano* (2018). La joven autora bonaerense encuentra en el acto de la escritura la herramienta para testimoniar la indignación que le produce el tener que callar las situaciones de abuso cometidos contra ella: “Así que no te calientes, que su hombría se derrumba cada vez que sentás el culo y escribís. Deshacelo con palabras, acabalo en un punto y garchátelo entre comas” (117).

En la misma línea, Camila, la narradora y personaje de *Las malas* (2019), de Sosa Villada, reconoce que su gran acto era “escribir de madrugada, cuando volvía” (79) asqueada y rota por su ronda prostibularia. La escritura le da vida, le devuelve el cuerpo

que tuvo que vender, la construye, pospone la muerte de una belleza que se sabe fugaz. El grupo de personas trans que convive con la protagonista pugnan constantemente por su construcción identitaria, y es precisamente bajo la concepción del discurso performativo que Sosa Villada puede articular la crítica y la lucha por erigir su propia identidad.

Moyano explica estas luchas por instaurar realidades como una “respuesta a los ideologemas y matrices que guían la reproducción y configuración de los sectores sociales hegemónicos y, sobre todo, heteronormativos” (6).

Asimismo, la narradora de *Las malas* da un paso más al testimoniar la necesidad de reflexionar sobre la dimensión performativa del lenguaje y su poder de instaurar nuevas realidades.

El lenguaje es mío. Es mi derecho, me corresponde una parte de él. Vino a mí, yo no lo busqué, por lo tanto, es mío. Me lo heredó mi madre, lo despilfarró mi padre. Voy a destruirlo, a enfermarlo, a confundirlo, a incomodarlo, voy a despedazarlo y a hacerlo renacer tantas veces como sean necesarias, un renacimiento por cada cosa bien hecha en este mundo. (Sosa Villada 106)

Para Ramos, el escribir sobre sí mismo, sobre su propio dolor, genera una profunda disección en el sujeto que al producir el texto ocupa conjuntamente tanto el espacio del que observa como el sitio del dolor del propio cuerpo (316).

Un procedimiento así lleva adelante Yakie, la protagonista de la novela de Godoy: *Jellyfish* (2019). Yakie es una estudiante universitaria de 19 años que confirma un embarazo no deseado en medio de la Argentina dividida por el debate de la legalización del aborto, pertenece a la clase media y, como ella misma se jacta, es hija de “padres profesionales” (Godoy 9). Sin embargo, su condición la coloca en una posición de “subalternidad”: quiere

practicarse un aborto y la sociedad la condena a la ilegalidad, a la marginalidad, “aborto «casero»[. . .] Me mató esa categorización de «casero», me destruyó, me puso en un lugar re improvisado y vulnerable en el que no sabía que estaba” (7).

La escritura será la encargada de cimentar la nueva realidad que le toca vivir, ese nuevo papel de “desplazada”: “¿Cómo tiene que escribir una mujer que va a abortar por primera vez?” (15), se pregunta lúcidamente Yakie.

En forma de diario íntimo, el relato va configurando una voz que adecua el registro a las circunstancias y el momento, a la forma y al contenido del enunciado.

Yakie es estudiante de letras, tiene perfecta conciencia del poder de su escritura y da constante testimonio de esto:

Entonces, no es escritura. No es escribir ficción, no es escribir tu biografía, es hacer terapia con el lector. Exteriorizar, objetivar lo que te pasa para que no se te haga un cáncer de garganta. Es, en definitiva, lo que estoy haciendo yo con esta mierda que escribo. (21)

Escribo esto porque quiero dejar testimonio, y también porque quiero salvarme. No quiero ser condenada, no quiero ir al infierno, no quiero morir, no quiero ser nada, no quiero quedar perdida en el flujo de la historia como algo más de todo lo que pasa. (43)

En el acto de poner en palabras, señala Ramos, “el sujeto testimoniante incorpora la jerarquía del discurso que lo escinde al convertirlo en objeto de sí mismo” (317). La escritura de Yakie, como la de Camila, performa la experiencia y la conciencia subjetiva de subordinación a la que es desplazada. Da cuenta de la convergencia y unificación de esta subjetividad con el nuevo lugar que le otorgan: mujer, abortera y clandestina.

El nombre propio como acto performativo

La acción de nombrarse, o mejor dicho de bautizarse, es un acto performativo por excelencia. Nombrarse implica apropiarse de un vocablo que será utilizado para ser reconocido y no solo tiene sentido político, sino que también construye la identidad desde el lenguaje. Sin embargo, no podemos perder de vista que la performatividad es descrita como una “esfera en la que el poder actúa como discurso” (Butler, *Cuerpos* 316).

Dicho esto, tal vez deberíamos preguntarnos quién tiene el derecho y el poder de bautizarse o, como se pregunta en la “Introducción” de *La revolución de las mariposas: a diez años de la gesta del nombre propio* (2017), ¿por qué para algunos y algunas tiene que ser una lucha nombrarse?

En la novela *Las malas*, la historia se cuenta en la voz de Camila, una chica trans, que vive su tránsito sexo-genérico y su auto-nombramiento como un empoderamiento de hecho:

Eso quería para mí. El desconcierto del travestismo. La desorientación de esa práctica. Fue tal la revelación que, contra viento y marea, yo también me dejé crecer el pelo, y me elegí un nombre de mujer y estuve atenta, a partir de entonces, al llamado de mi destino. (Sosa Villada 27)

Un procedimiento similar ocurre en la novela de Cabezón Cámara, *Las aventuras de la China Iron* (2017), donde se pone en escena a un personaje olvidado por la literatura nacional: la china (la mujer del gaucho). No podemos perder de vista que la presencia de mujeres, y especialmente las chinas, como personajes/protagonistas en la literatura nacional constituyeron una ausencia, salvo escasas y olvidadas excepciones entre las que podemos citar a *Amalia* de José Mármol (1851), *Lucía Miranda* de Rosa Guerra (1860) o *La mujer de Martín Fierro* de Severo Manso (1916).

Por eso debemos prestar especial atención al procedimiento que realiza Cabezón Cámara con este personaje. Ella es una china, que hoy catalogaríamos como feminista e indigenista y supo ser la esposa abandonada por Fierro, pero que no se sienta a esperar y avanza por la pampa argentina. Desde el comienzo de la novela la china brega por su identidad, su nombre: “Llamar, no me llamaba: nací huérfana, ¿es eso posible?” (Cabezón Cámara 12), se pregunta. Una vez lanzada al desierto se resuelve el problema del nombre. La primera frontera fehaciente que el vacío ofrece dio la oportunidad del acto performativo de dejar atrás el pasado de *nomen nescio* y así lo testimonia: “Apenas nos cruzamos con un río con orilla, paró la gringa los bueyes” (21). Cuando Liz, su compañera inglesa, le preguntó el nombre, contestó: “La China” (22). La China (ya no como sinónimo de hembra del gaucho sino con mayúsculas) nace de nuevo en el estancamiento que la había dejado olvidada el poema de Hernández: “la nada” (Viola). De esta manera, “el nombre, ‘China Josephine Star Iron’ fue el pretencioso resultado de esa tarde de bautismo y, será también, el campo fértil para que subyaga la representación de distintos sujetos sociales subalternos” (Portela 43-44). China con mayúscula derriba la muralla que vela ese sector (las chinas) de mujeres rioplatenses. A este respecto, Marre asegura que una de las principales justificaciones sobre el mutismo relativo a las mujeres de las pampas, debe rastrearse en una extensa tradición que considera al campo argentino como habitado solamente por hombres (125). Otro caso distinto ocurre con Josephine, este apelativo, empleado a lo largo de la novela en su diminutivo, Jose, individualiza lo masculino del personaje permeabilizando las fronteras del género: “yo misma puedo ser mujer y puedo ser varón” (Cabezón Cámara 181). Algo similar sucede con el nombre del cachorro, un perro macho que bautiza Estreya, y del gaucho Rosario que llaman Rosa, ambos feminizados. En otro orden de ideas, Star Iron, el apellido en inglés, “visibiliza su doble linaje y

anticipa la armónica convivencia de las diversas voces lingüísticas que, sin el menor atisbo de diglosia, se observa en la novela” (Portela 44). Finalmente, a este dilatado nombre, agregará una conjunción copulativa y una voz de origen guaraní, Tararira, que aludiría a su raigambre indígena. A partir de esta construcción, la China encontrará una identidad dentro de otra, una verdadera *mamushka* que se percibe mujer, hombre, india, inglesa, gaucha, todo a la vez, como una verdadera “alma doble” (Cabezón Cámara 148) o múltiple, una verdadera o un verdadero “[. . .]querida muchacho inglés” (151), nada en la China Iron parecerá fácilmente etiquetable con categorías rígidas, “[. . .] todo era otra piel sobre piel” (25).

En *Beya (Le viste la cara a Dios)* (2013), la novela gráfica en la que Cabezón Cámara comparte la autoría con Echeverría, se relata un proceso que evidencia la relevancia identitaria del nombre propio. Allí la protagonista, víctima de la trata, da cuenta de esta importancia del nombre propio y debe luchar contra el apelativo con el cual la bautizaron en el prostíbulo a fuerza de torturas y vejámenes: “Ahí aprendiste a los gritos nuevo nombre y apellido” (Cabezón Cámara/Iñaki 15). No obstante, Beya convierte el sufrimiento y el dolor en un esperanzador mensaje divino que le ordena: “[. . .]oís la voz que, suave, te llama ‘ven hija mía’. Después de decir tu nombre, olvida el ‘Beya Durmiente’ que te pusieron acá” (16).

La sanción de la ley de matrimonio igualitario en la Argentina se presentó en 2010 como una antesala, por lo menos en términos de plataforma legislativa, de lo que sería la sanción de la Ley de Identidad de Género. El proyecto de ley fue enviado a la Cámara de Diputados, en la que obtuvo media sanción el día 1º de diciembre de 2011. Ulteriormente, el proyecto fue tratado en la Comisión de Legislación General de Senadores y aprobado como ley el 9 de mayo de 2012 por el Senado de la Nación. Sin embargo, “las leyes no cambian las cabezas. La

ley está, pero las costumbres no cambian tan fácil” testimonia una chica travesti en *La revolución* [. . .] (145).

Así, en las obras que analizamos, las protagonistas encuentran en sus nombres propios la subjetivación que, forjada en la elección de un vocablo, es narrada como una experiencia de la insubordinación.

Lugar sin límites

Como hemos visto, Beya, la China Iron, Yakie y Camila se juegan la preservación de sus propias identidades, tanto en el ámbito personal como el social. Este último es mucho más conflictivo, ya que supone la instauración de una legalidad que les es exógena. Es decir, requiere fundar un “yo” que sea, a su vez, legitimado y visibilizado por el “otro.” Esto origina reacciones sociales que se orientan muchas veces al rechazo. Como señala Aguilar, eso se “debe a que la performatividad construye una legalidad que es control, ley y vía de incommensurabilidad desde la imposición sobre el cuerpo del otro de un modo de ver y experimentar el mundo” (7). Tal vez, por esta misma razón, Fraser advierta que “cada vez más, las reivindicaciones basadas en la identidad tienden a predominar, a medida que las perspectivas de redistribución parecen ir en retroceso” (27). De esta forma, si bien no dudamos de las capacidades del arte y la literatura de dar forma a imaginarios sociales, no podemos perder de vista la gran complejidad que implica la adquisición fehaciente de derechos en aquellos campos políticos que se presentan a priori con escasa voluntad y coherencia programática.

No obstante, la disputa por el reconocimiento social de los grupos subalternos es una constante lucha. Gramsci sitúa jerárquicamente a las clases subalternas en la periferia de la sociedad civil, es decir “como partes integrantes, pero no totalmente integradas, de la relación de dominación que allí se gesta” (Modonesi 6).

Las protagonistas de las novelas que analizamos parecen detectar espacios comunes en los que sus condiciones de subalternidad no se hacen evidentes y se pueden identificar con aquellos/as en los que la diferencia es la norma. Esto espacios de los que vamos a hablar son lugares con sus propias lógicas, poderes y reglas, concepción que permite pensar también en las “heterotopías” de Foucault:

Hay [. . .]probablemente en toda cultura, en toda civilización, espacios reales, espacios efectivos, espacios delineados por la sociedad misma, y que son una especie de contraespacios, una especie de utopías efectivamente verificadas en las que los espacios reales, todos los demás espacios reales que pueden hallarse en el seno de una cultura están a un tiempo representados, impugnados o invertidos. (6)

En la obra de Sosa Villada, se describe un espacio, la pensión de la Tía Encarna, donde las percepciones se desvían en relación con los lugares comunes donde la vida humana se desarrolla. Este es una especie de santuario, un *locus amoenus* donde todo abunda y en sus alacenas nada falta, un páramo mágico protegido por las plantas para el grupo de travestis que sufre toda la violencia y el abuso de la “sociedad buena.” Dice Camila: “Desde que pisé por primera vez la casa de La Tía Encarna pensé que era el paraíso, acostumbrada como estaba a ocultar siempre mi verdadera identidad” (Sosa Villada 75). Allí, solo entran dos hombres: el Hombre Sin Cabeza, que por su metafórica acefalía no sería capaz de juzgar, y el Brillo de los Ojos que, tal vez por su condición de niño, es la metáfora de la mirada “nueva,” idealizadora, libre de prejuicios.

En *Jellyfish*, como mencionamos más arriba, la protagonista advierte que su decisión de abortar la coloca al margen de la sociedad, en la clandestinidad. Por esta razón, Yachie reflexiona: “Lo que aprendí hoy es que mientras más público es el espacio, en este caso un hospital, más público es uno” (Godoy 48).

Foucault, ya en 1967, había afirmado en la conferencia pronunciada el 14 de marzo de ese año en el Centre d’Études architecturales que:

es posible que nuestra propia vida esté dominada por un determinado número de oposiciones intangibles, a las que la institución y la práctica aún no han osado acometer; oposiciones que admitimos como cosas naturales: por ejemplo, las relativas al espacio público y al espacio privado, espacio familiar y espacio social, espacio cultural y espacio productivo, espacio de recreo y espacio laboral; espacios todos informados por una sorda sacralización. (36)

El personaje de la novela de Godoy necesita abocarse a la tarea de desacralizar el espacio, debe romper con lo que le impone el espacio normativo del Estado, debe propinarse su propio espacio heterotópico, en términos foucaultianos un contraespacio alejado de lo público, en definitiva: alquilar un departamento para practicarse el aborto.

La China Iron, que se descubre tanto mujer como varón, encontrará en el territorio indio, el desierto decimonónico, el espacio donde personas y objetos se funden en un todo, en una equidad idealizadora que, por supuesto, omite la idea de cualquier tipo de exclusión y juicio. De modo que, en la tierra del indio, “ni la ropa ni la forma de vivir está determinada por el sexo” (Cabezón Cámara 157). Allí, en el país de los indios que describe esta novela, Fierro, el personaje forjado por Hernández, aparece travestido, peinado con largas trenzas rosas y cantando su amor carnal a Cruz. Para la China y su séquito ya nada parecerá etiquetable a categorías genéricas rígidas.

En *Beya* se da el mismo procedimiento, pero en dirección inversa. La protagonista padece el cautiverio en el conurbano bonaerense. Sin embargo, en su sobrenombre Beya Durmiente, la “y” reemplaza a la “l,” esta disidencia

gramatical daría cuenta de su correspondencia social y geográfica. Como advierte Lastero, no sabemos cuál es el origen exacto de *Beya* pero la denominación que recibe tiene que ver con su habla rioplatense y con la pronunciación yeística, propia del habitante de Buenos Aires y de sus alrededores (2). Podemos suponer que el conurbano bonaerense, el actual margen, es el “desierto” en el imaginario de los ciudadanos de la Capital Federal. De esta forma, “el rapto y el traslado de la protagonista desde la ciudad capital hasta el conurbano supone el atravesamiento de esa frontera que la arranca de la ‘civilización’ capitalina y la hunde en la ‘anarquía’ del margen bonaerense” (Lastero 3).

Por consiguiente, el puticlub sería en *Beya* el lugar heterotópico donde la sexualidad ilícita, está al mismo tiempo completamente cubierto y completamente escondida, en un lugar aparte. Para Foucault, “los prostíbulos y colonias son dos clases extremas de la heterotopía, después de todo, son espacios sin espacio, con vida propia, cerrados sobre sí mismo y al tiempo abandonados” (49).

Por otra parte, Segato afirma que la violencia actual contra las mujeres puede entenderse como una guerra y “una de las formas de esa guerra sería la trata de personas” (18). Así, en un movimiento inverso a los otros ejemplos de las otras novelas, *Beya* reinventa el prostíbulo como un campo de batalla en el que se juega la vida y en el que deberá salvarse o perecer. Un campo de batalla no es otra cosa que la heterotopía donde se desarrolla el escenario de la violencia hacia los otros. En consecuencia, *Beya* se aventurará en el juego de la violencia, lo aceptará y trastocará la heterotopía que le tocó.

De esta manera, hemos visto como en las cuatro obras que analizamos se construye un espacio diferente, un espacio donde las normas morales y la legalidad se refundan en auxilio de estrategias de autodeterminación de los cuerpos femeninos. Aun así, el poder del sistema patriarcal, hetero-hegemónico

y neoliberal continúa reafirmando la delimitación de sus terrenos conquistados. Para contextos como este, Gramsci ha sentenciado que “las clases subalternas sufren la iniciativa de la clase dominante, incluso cuando se rebelan; están en estado de defensa armada. Por ello, cualquier brote de iniciativa autónoma es de inestimable valor” (27). Visto el optimismo del intelectual italiano, no parecería despreciable ningún esfuerzo que, desde el campo literario, pueda hacerse por reproducir ciertas experiencias y significaciones, en pos de lograr la revalorización de estos grupos predestinados a la subordinalidad.

No habrá relaciones sociales sin lucha por la identidad

En este punto, cabe preguntarse cómo la performatividad del discurso logra el ímpetu para forjar identidades o, por lo menos, difundir ideologías que terminan, si estos sectores detentan el poder, por funcionar efectivamente como parte del imaginario colectivo de una sociedad.

Será necesariamente, bajo el poder difusorio del discurso, que la indagación sobre los procesos de construcción identitaria puedan “articularse como lectura crítica de la/s identidad/es en su lucha por instaurar realidades en orden a las matrices e ideogemas” (Moyano 6). Así, la propuesta de una lectura crítica de la construcción identitaria impuesta desde los sectores de poder allanaría el terreno para la visibilización y reconocimiento de estas “nuevas” identidades que, de esta manera, llegan para cuestionar o refundar la representatividad de la primera.

En contraposición al discurso dominante y mayoritariamente falocéntrico, las novelas que hemos analizado reflexionan sobre la ineludible dimensión performativa del lenguaje y su poder instaurativo de nuevas realidades. Sin embargo, ante entramados como el de estas ficciones, Moyano ha advertido que, aunque muchas veces, “el

lenguaje parece rendirse ante el poder de la materialidad de lo real, y lo que manda no es la flexible liviandad de las palabras, sino el frío estupor de las cosas,” en otras oportunidades “el lenguaje se nos presenta como materia fundante y definitiva de lo real” (6). No obstante, no es un rasgo lingüístico el que le proporciona poder performativo a un enunciado, ni tampoco un rasgo material del mismo, sino “una dimensión que le permite al enunciado no solo producir un efecto desde la acción que construye, sino también y sobre todo instaurar una realidad que, antes de su ejecución, era virtualmente inexistente” (Aguilar 4).

Tal vez, es precisamente bajo esta concepción del lenguaje, es decir la capacidad que porta de producir acción, que la publicidad ha sustentado gran parte de su eficiencia. Podemos preguntarnos, por ejemplo, qué sentido tendría el verbo imperativo “tome,” que acompaña la etiqueta de Coca-Cola, si careciera del poder inductivo que se traduce en acción.

Sabido todo esto, podemos concluir que el arte y la literatura, sostenidos en su ostensible capacidad de dar forma a imaginarios sociales, deberían posicionarse como una desavenencia para así lograr verse en acciones concretas que, como un eco, retornen en provecho de los sujetos subalternos. Claro está, tampoco tendríamos que dejar de prestar especial atención a la necesidad de compaginar su labor con las disputas sociopolíticas de estos sectores. Es entonces cuando verdaderamente podríamos pensar que la performatividad del discurso, ya no concebida en términos de las narrativas de los grupos de poder sino a contramano, es decir, en una “lectura en reversa,”¹ llegaría indudablemente a ser gestante del sujeto, su identidad, sus creencias.

Notas

¹La idea de la “lectura en reversa” entendida en términos de Ranajit Guha, esbozada en el Grupo de Estudios Subalternos.

Obras citadas

- Aguilar, Hugo. “La performatividad o la técnica de construcción de la subjetividad.” *Revista Borradores*, Universidad de Río Cuarto, vol. 7, 2004, pp.1-9.
- Butler, Judith. *Cuerpos que importan / Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo.”* Paidós, 2002.
- . *El género en disputa / El feminismo y la subversión de la identidad.* Paidós, 2007.
- Butler, Judith y Nancy Fraser. *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate entre Marxismo y Feminismo.* Editorial Traficantes de Sueños, 2017.
- Cabezón Cámara, Gabriela. *Las aventuras de la China Iron.* Penguin Random House, 2017.
- . “Aquí me pongo a contar.” Entrevista por Liliana Viola. *Página 12*, 27 de octubre de 2017.
- Cabezón Cámara, Gabriela e Iñaki Echeverría. *Beya: Le viste la cara a Dios.* Eterna Cadencia Editora, 2013.
- Derrida, Jacques. “Esa extraña institución llamada literatura.” Entrevista por Derek Attridge. *Boletín /18 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, 2017, pp. 115-50.
- Foucault, Michel. Conferencia. “Des espaces autres.” Centre d’Études architecturales, 14 de marzo de 1967. *Architecture, Mouvement, Continuité*, n° 5, octubre 1984, pp. 46-49.
- Godoy, Carlos. *Jellyfish.* Libro digital, EPUB, Tusquets Editores S.A, 2019.
- Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la Cárcel.* Tomo 2. ERA, 1981.
- Lastero, Lucila. “La víctima de trata en la literatura argentina reciente: La nueva cautiva y las otras configuraciones del desierto.” XX Congreso Nacional de Literaturas de la Argentina. 18 al 20 de septiembre de 2019, Santa Rosa, La Pampa.
- López Peiró, Belén. *Por qué volvías cada verano.* Madreselva, 2018.
- Mansilla Torres, Sergio. “Literatura e identidad cultural,” *Estudios filológicos*, Valdivia, no. 41, septiembre 2006, pp. 131-43.
- Marre, Diana. *Mujeres Argentinas: las chinas.* Universidad de Barcelona, 2003.
- Modonesi, Massimo. “Subalternidad,” *Conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo*, UNAM, 2012.

- Moyano, Marisa. "Literatura, Estado y Nación en el siglo XIX argentino: el poder instituyente del discurso y la configuración de los mitos fundacionales de la identidad," *Amérique Latine Histoire et Mémoire: Les Cahiers ALHIM*, no. 15, 2008, consultado el 23 julio 2020, <https://doi.org/10.4000/alhim.2892>.
- Portela, Guillermo. "Almas dobles: Fronteras que se diluyen en *Las aventuras de la China Iron* de Gabriela Cabezón Cámara," *Anuario de la Facultad de Ciencias Humanas*, vol. 16, 2019, pp. 40-47, <https://doi.org/10.19137/an1603>.
- Programa de Género y Diversidad Sexual Bachillerato Popular Trans Mocha Celis. *La Revolución de las Mariposas: A diez años de La Gesta del Nombre Propio*. Ministerio Público de la Defensa de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2017.
- Ramos, Julio. "La ley es otra: Literatura y constitución de la persona jurídica," *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 20, no. 40, 1994, pp. 305-35.
- Segato, Rita Laura. *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de Sueños, 2016.
- Sosa Villada, Camila. *Las malas*. Tusquets Editores, Libro digital, EPUB, 2019.